

DIONISIO MARTÍNEZ



Nació en Cartagena en 1940. Es doctor en Derecho y ha sido profesor de universidad, inspector de tributos, agregado de embajada, efímero político y, por encima de todo, abogado en ejercicio. Colaboró como Subsecretario de Hacienda con Francisco Fernández Ordóñez en el Reforma Tributaria de 1978, fue secretario del Consejo de Tabacalera y de EBN Banco de Negocios, socio del bufete Garrigues y consejero en varias empresas. Ahora se dedica de lleno a la literatura. Ha obtenido un premio Vargas Llosa-NH de relatos con *No le mandes flores a tu madre*, traducido al inglés y al alemán. Igualmente, han sido premiados y publicados sus cuentos *Ilsa Lund* y *La negra envoltura del Mundo*. Ha publicado la novela *Al Oeste del Sancti Spiritus* y el libro de relatos *La mujer de Lot*.



LOS HIJOS DE DON OCTAVIO NIETO

Años de soledad y de violencia. Años en los que el tiempo fluía con una desesperante lentitud. Los días se refugiaban en su guarismo del almanaque y a las agujas del reloj les llevaba una eternidad completar su curso circular.

Ella era, durante esos años, como una hoja seca en el viento. Los hechos lo eran todo. Precedían a sus causas y la llevaban, sin preguntarle, sin esperar su decisión, a donde se les antojaba. La estrechaban, la apretaban, y no podía deshacerse de ellos como si fueran brazos de hierro o cepos. Estrechaban su estructura larga, delgada y débil, casi quebradiza, su estructura de hambre. Pero adheridos a su descarnado torso, sobre sus pronunciadas costillas, brotaban unos pechos que se miraba en el espejo del armario, manchado por los grumos grises que, como escamas o verrugas, el tiempo y la humedad habían formado en el mercurio, y se sentía más fuerte y más segura. Sabía que tenía un cuerpo deseable porque veía brillar las miradas de ansia en las calles de aquel pueblo, a más de una hora de camino de su casa, al

que tenía que ir de vez en cuando. Ojos empañados de hombres casi ingrátidos, fantasmas en el aire brumoso, clavados en ellos como punzones o agujas.

Vivía sola en el monte, en una casa vieja, agarrada de mala manera a la ladera, sin vecinos. Piedras musgosas, ruinas de corrales, hierba que se acumulaba en capas y se pudría porque no había quién la cortara. Bajo un cielo gris o pardo por el que a veces el viento hacía rodar nubes como algodones deshilachados y sucios.

A su padre lo llamaron y fue, y no volvió. Llegó la carta con un sello oficial ocho o diez meses después de la partida, la leyó y la guardó en el cajón de arriba de la cómoda de su cuarto, y eso fue todo. Una muerte esperada y temida. En cualquier caso, fría. En aquellos años, además, esas cosas dolían poco, mucho menos que ahora, porque no se esperaban más que malas noticias y el cuerpo se había hecho a las desgracias como se hace a cualquier cosa, me dice.

Desde que su padre se marchó, bajaba de tarde en tarde al pueblo a cambiar huevos, conejos y tubérculos por aceite o por azúcar o por cualquier otra cosa que tuvieran y que quisieran darle, y se lo contaron. Le dijeron que los hijos de don Octavio Nieto habían vuelto. Uno, a casa de su padre y el otro andaba por allí también, en el monte.

No sabía si los había visto alguna vez. Seguro que a uno de ellos sí, siendo muy niña, la Navidad en que acompañó a su padre a felicitarle las pascuas a don Octavio y a llevarle un par de gallinas de regalo. Era, sin duda, el muchacho que atravesó el vestíbulo de aquella enorme casa, que surgió, alto y rubio, de detrás de la frontera invisible que ni su padre ni ella podían atravesar. La miró y se marchó a la calle. Tal vez los vio también, mucho más tarde, a los dos juntos. No está segura, ha llegado a pensar que pudo tratarse de su destemplada imaginación en el destierro de aquella sierra difícil de encontrar en cualquier mapa. Rubios, con el bigote espeso, casi de la misma edad, atravesaban con don Octavio

la plaza del pueblo, muy seguros, mirando con parsimonia a derecha e izquierda como si todo les perteneciera, como si fueran el eje sobre el que giraban aquellas casas y aquellas gentes. Cree que la miraron, con codicia, con deseo, puede ser, no está segura porque estaban lejos.

Los hubiera visto o no, sabía mucho de ellos, casi todo. Lo que hacían, lo que decían, tal vez lo que pensaban. No había conversación en el pueblo en que no se colara por cualquier resquicio don Octavio y sus hijos. Siempre le hablaron de los dos al mismo tiempo. Un concepto, una idea, más que dos personas de carne y hueso diferentes. Identidades, como poco, confusas. La condición de hijos de don Octavio Nieto se los tragaba enteros, lo era todo. No había más.

Mitos. Héroes. En cualquier caso, vidas irreales, fantásticas, que discurrían por regiones remotas para ella, por caminos que, tal vez, no se iban a cruzar nunca con los suyos.

Una noche alguien llamó a la puerta de la casa. Le había parecido oír que un coche se detenía en el camino unos momentos antes y, también, que unas botas pisaban con determinación el barro. Entreabrió la puerta, acercó el candil de aceite al rostro del visitante y supo quién era. En la luz palpitante vio el bigote rubio, ancho, que le caía por debajo de los labios. Un destello en los ojos que se desmigajaba sobre ella como brillantes corpúsculos en la penumbra. El gesto seguro de alguien que desde la niñez ha estado arropado por miradas de sometimiento.

Abrió y lo dejó pasar. Se dirigió al comedor, firme, determinado, como se lo imaginaba, y lo siguió. Se sentó en la mesa y le pidió vino. Sacó de la vitrina del aparador un vaso, trajo una garrafa de la despensa, llenó el vaso y se quedó de pie, en silencio, contemplándolo. Se bebió el vino, se levantó, la cogió de los hombros y la atrajo hacia él. La apretó con fuerza y la besó.

Le agarra cada uno de los bordes de la blusa con las manos enormes y velludas, los separa de golpe y se le saltan un par de botones. Tira de la cinturilla de la falda y se la rompe. ¿Por qué? ¿Para qué? Ella no había dicho nada. No dijo no, está segura de eso, porque ni acepta ni rechaza lo que ocurre. Su voluntad no tiene sustancia ni dirección. ¿Tuviste miedo? Miedo a los lobos y a los perros salvajes que bajan del monte de noche y dan vueltas sin cesar alrededor de la casa. Miedo a los rayos que deslumbran mi cuarto como si penetrara el bosque en llamas hasta el espejo y menean las paredes como un terremoto. A los lobos no les abro la puerta, y a los relámpagos y a los truenos no se la puedo cerrar. A ese hombre le abrí y lo dejé pasar. Y me apreté a él después de que me arrancara la blusa, porque quise, porque así era el suceso, porque así era el sueño. Fue eso, y ya está.

Apenas tenía conciencia de ser algo distinto de los prados, de la bruma, de la lluvia. Incapaz de valorar nada, de juzgar nada. Era como un cuerpo hueco. La vida transcurría por otro cauce, y yo era, me dice entornando los ojos pequeños y apagados, como un canto rodado en el río. Vivía en otra vertiente del mundo, más allá de los principios y de los sentimientos. Hubiera preferido, desde luego, que no le hubiera desgajado los botones de la blusa ni le hubiera desgarrado la falda, porque iba a tener que coser los botones y que zurcir la falda al día siguiente. Solo por eso.

Le duele un poco el labio en el que le ha mordido cuando la besaba, pero eso no le importa demasiado. Es ella a la que le duele el labio, es ella la que aquel hombre aprieta contra su cuerpo. No, no es la historia que alguien le relata. Esta vez no le toca ser solo un testigo de lo que está ocurriendo. Está en el suceso, ella, en el centro del suceso. Real, físicamente. Como si fueras aire o nada, y de pronto notas que pesas, que tienes un cuerpo tangible, me dice.

No puede reconstruir la secuencia de lo que fue ocurriendo. Sí, la llevó a la alcoba, se acostaron en su alta cama

de palillos. Se acuerda de que crujió el somier, de que sintió como si se desquebrajara por dentro, y de que fuera llovía. Él le hablaba de todo y de nada. Excitado, destemplado. Unas palabras que sabe que no significan gran cosa. Ni piden ni ofrecen ni definen nada. Como el estruendo monótono del mar o el rugido del agua de un torrente que se desploma por un barranco. Dejó de llover, y la besó con fuerza otra vez y se durmieron.

No le han quedado huellas. Como si hubiera sido ajena a lo que ocurría o como si aquello fuera un hecho banal, no más significativo que echarle de comer a las gallinas o que cortar hierba para los conejos, porque sabe, me dice, que esos hechos no han cambiado su vida en nada, que si no hubieran ocurrido sería la misma mujer que está en este hospital, pulcro, blanco como la nieve, a la que una gruesa vena le atraviesa el dorso de la mano izquierda desde la muñeca hasta los dedos. La que, en esa gruesa vena, tiene clavada una aguja sujeta por un esparadrapo. Una aguja por la que le inyectan un suero que cae de la bolsa colgada sobre su cabeza y de la que parte un tubo de plástico transparente por el que ve deslizarse, muy despacio, unas gotas. La que mira esa bolsa sin saber bien lo que es, perdida en estos recuerdos o en estos sueños. Quizá sólo sienta, mientras me habla, que una mano le acaricia sin emoción los dedos. Unos dedos largos, huesudos y sombríos. O no sienta siquiera mis caricias.

Ha escuchado el ruido del motor. El automóvil se ha marchado, pero ella se queda en la cama. Encogida, curvada, envuelta en sí misma, como una rueda. Acogida por el propio círculo de su cuerpo. Su respiración es lenta, y siente que inhala un aire denso y pastoso, y que le pesa el cuerpo como si fuera de plomo. Indolencia, cansancio, solo eso. Sí, sigue sintiendo una sombra de dolor en el labio y cierta picazón

entre las ingles, pero estos dolores tienen una extraña cualidad, indefinible, distinta de otros dolores.

Nada más. Nada que no sea la carne, la piel y los huesos.

Oye un griterío de pájaros y el tardío canto del gallo cojo que la despierta todas las mañanas y que en el pueblo no quisieron cambiarle por nada. Se viste y sale a la puerta de la casa. En la senda, las botas del visitante han dejado unas huellas en el barro. Se detiene. El sol las ha secado. La suela del calzado tenía grabado el perfil de la cabeza de un perro o de un lobo, o de algo parecido. Una figura que permanece intacta en el barro seco como un bajorrelieve. Le pasa suavemente los dedos y los débiles dibujos se desmoronan.

Pasado un mes, quizá algo menos, vuelve a detenerse un automóvil delante de la casa. Alerta como está, ha podido escuchar las fatigadas explosiones del motor. No sabe si es el mismo coche. No está segura. No, pero el motor ronronea como aquel. De nuevo oye las pisadas de unas botas en el barro.

Llaman, se dirige a la puerta y abre. El aceite del candil está acabándose y apenas puede ver al visitante con aquel angustiado hilo de luz. Solo el bigote rubio, la luz de los ojos descendiendo en partículas acuosas sobre ella. Lo conduce al comedor, le sirve vino sin que se lo pida y él le ruega que lo acompañe a beber. Tiene un olor distinto, quizá. Su voz parece más grave esta noche. Su mirada, que apenas puede apreciar en la penumbra, le parece segura también, pero algo más triste que aquella. Se sienta y bebe.

Avanza la cabeza hacia ella, le toma la mano entre sus manos y la besa. Ven débiles espasmos en la luz del candil y, pasados unos instantes, una línea de humo se eleva desde la dubitativa llama y la llama se extingue. Podría rellenarlo de aceite, desde luego, pero prefiere continuar a oscuras.

Lo conduce a la alcoba. Se oye la llovizna tras los fraileiros. Se abrazan y lo siente como una nube que la envuelve. Su cuerpo tenía la placidez de la leche templada, del pan recién sacado del horno, me dice. Le habla con suavidad, sin levantar la voz. Algo así como el murmullo de una canica que resbala en una superficie de piedra pulida o de madera barnizada. Se aprieta a él, y es feliz y está segura.

Los rayos de luz que se cuelan por las fisuras de las contraventanas descienden ya hasta las rojizas losas de barro. Se oyen los pájaros y los primeros chirridos de las cigarras. Y en esa línea incierta entre el sueño y la vigilia, siente que la besa, y ve que, sin hacer ruido, se marcha con la ropa en las manos. Cuando oye el motor, sale también del cuarto, llega hasta la puerta de la casa, la abre y ve cómo el automóvil se pierde en el camino envuelto en polvo.

El sol bajo y blanco contra los ojos. Busca las huellas. Las huellas de las botas no enmarcan un perro. No es un zorro, no es un lobo. No sabe si son las mismas botas, quizá no, aunque las pisadas tienen igual hondura.

Duda. Desde las primeras palabras, desde la primera mirada bajo la luz agonizante del candil, desde que la besa y le coge las manos. No está segura. Una duda vieja, casi apagada, que ha traído hasta este hospital donde, nonagenaria, yace acabándose en una anodina cama metálica. Donde estamos tratando por todos los medios, no sabemos para qué, que la vida le dure más que los recuerdos.

Durante algunas noches, cualquier ruido le hacía volver la mirada a la puerta, «al rojo vivo los sentidos», me dice. Una extraña turbación, amarga y tenue, marca su desorientada ansiedad. Sólo le quedan las palabras con las que grabó esas sensaciones en la memoria, pero los sentimientos se quedaron en aquellas brumosas montañas y es imposible arrastrarlos hasta aquí después de tantos años.

Pocos días después, va al pueblo y le dicen que ha muerto un hijo de don Octavio Nieto. Un desgraciado accidente. Su

automóvil se ha salido de la carretera y se ha desplomado por el barranco. ¿Cuál de ellos? ¿Quién? No lo pregunta. Qué más da.

Y espera. Espera todas las noches el ruido del motor de un automóvil y un frenazo. Días, meses, muchos meses. Pero no se detiene ningún coche en la puerta de la casa en los años que siguió viviendo allí.